

EL LUGAR DE LOS MISTERIOS, DE ANGEL ROSA VÉLEZ,
UN ENFRENTAMIENTO CON LA SOCIEDAD
PUERTORRIQUEÑA CONTEMPORÁNEA

Prof. Estela García Cabrera
Directora revista Horizontes
Pontificia Universidad Católica de PR

El lugar de los misterios, Ed. Isla Negra, 2da. Edición, 2008, del escritor y profesor de español del recinto riopedrense de la Universidad de Puerto Rico es, ante todo, un microcosmos; un mosaico de seres, actitudes y circunstancias que conforman una comunidad religiosa en un sector de Puerto Rico, comunidad que, a su vez, se presenta en la novela como símbolo de la sociedad puertorriqueña contemporánea, esa sociedad con sus defectos y virtudes, en el aquí y en el ahora, que todos conocemos.

La novela se desarrolla en Pueblito Viejo, en la municipalidad de Bayamón, en el norte de la Isla. Se mencionan lugares y sucesos específicos que contribuyen a situar la narración: Plaza del Sol, en Bayamón; su casa Alcaldía, construida como especie de puente sobre la carretera número 2; el Teatro Braulio Castillo. Se aluden a la Guerra de Viet Nam, en la que participaron tantos puertorriqueños; al carpeteo de independentistas en Puerto Rico; a las manifestaciones por la paz de Vieques en contra de la Marina de los Estados Unidos; a la costumbre de la prensa del país y de los medios noticiosos, de tergiversar la realidad para acomodarla a fines específicos; al excesivo consumerismo; a la

asimilación económica, social, moral, cultural; a las falsas expectativas que crean, en Puerto Rico, su estatus colonial:

Sucede, además,ayer como hoy, que las expectativas vendidas por el imperio a través del “confort”, de una propaganda subliminal y el espejismo de una seguridad económica, llegan a formar parte de los anhelos y sueños de los necesitados. Comprar lo que no necesitamos es el afán. Son expectativas falsas que producen valores falsos y, por tanto, se vive una especie de irrealidad y de mentira. La cuestión a resolver no es la de encontrar las soluciones o alternativas a los problemas “domésticos” de esas expectativas ilusorias, sino la de saber cuál es el problema real que está detrás del mundo de vanidad en venta por el imperio. (pg. 156).¹

La muchedumbre que habita esta comunidad es amplia y también compleja: políticos corruptos; religiosos comprometidos con su conciencia unos, intrigantes otros; profesores, amas de casa, damas cooperadoras, deambulantes. En su conjunto: gente trabajadora; almas buenas y generosas; personas ignorantes y carentes de cultura; seres visionarios unos, corruptos y desalmados otros; hombres y mujeres en los que las pasiones humanas: la lujuria, el erotismo, la torpeza, la calumnia, el cinismo, la astucia, el engaño, el odio, la venganza, la murmuración, vibran a flor de piel y constituyen, en la sociedad que recrea el autor, situaciones cotidianas.

Conferencia dictada en la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, el 21 de abril de 2009 con motivo de la Semana de la Lengua.

¹ Todas las citas corresponden a la 2da edición, Editorial Isla Negra, 2008.

En medio de este microcosmos sobresale la figura de un predicador evangélico, personaje central de la novela, a quien conocemos por el nombre de el Predicador, un hombre físicamente impedido, serio, trabajador, responsable, austero, generoso, enigmático y muy valiente. En su niñez había sufrido de poliomelitis por lo que había quedado cojo para el resto de su vida. Esta limitación, sin embargo, no le había impedido casarse con una mujer buena, hermosa, una especie de angel protector que se destaca por su espíritu de paz, de solidaridad y de abnegación; como tampoco le había impedido crecer espiritualmente hasta desarrollar una extraordinaria vocación religiosa y grandeza de espíritu. Junto a él conocemos también a otros personajes quienes, con sus propias historias, van hilvanando un universo complejo y enigmático: Angel David, el profesor saxofonista, objetor por conciencia. Había sido apresado y conducido a la Carcel Federal durante veintisiete días por haber participado en los actos de desobediencia civil, en la isla de Vieques, en contra de la Marina de los Estados Unidos. El padre Ambrosio, alias Josué Rosa Ramos, sacerdote católico, primo hermano del Predicador, a quien mayormente conocemos a través de éste, sacerdote libre pensador y defensor de los derechos y de la dignidad humana. Sicar, la esposa del vecino y madre de Ernesto, de un pasado algo dudoso. También había sido perseguida en su juventud por su participación universitaria en contra de la Guerra de Viet Nam. El hermano Obed, narrador de historias de conspiraciones secretas de la invasión de 1898 y de otras invasiones anteriores y posteriores, hombre “introvertido, parsimonioso y afectivo”

HORIZONTES

(pg. 130). Según la gente, se pasaba hablando con los árboles y con los animales del bosque. El Reverendo Joan Figueres Sambalat era “el poder dentro de la denominación evangélica” (pg. 78). “Asesino por definición, de proyectos y de jóvenes adversarios” (pg. 78). Se rodeaba de seminaristas prometedores para manipular su vocación o para marginarlos. También nos tropezamos con el señor Alcalde de Bayamón, en medio de maquinaciones políticas; con don Bojito, un judío rencoroso y vengativo; con don Florentino Tobías, cobarde, atrevido, hombre de gran arrojo y astucia fomentados ambos por un sentimiento malsano de superioridad sustentado por su estatus económico; con Gilberto el fotógrafo; con las damas cooperadoras de la Iglesia; con “Yo no tengo nombre. Se me olvidó”, especie de vagabundo criminal por recompensa; con los deambulantes, Pote y Sentido, un matrimonio con más de veinticinco años de casados, ex profesionales, quienes, después de una serie de tragedias personales en las que pierden todo, incluyendo a sus hijas, continúan como don Quijote, intentando vivir para darle sentido al sinsentido de sus vidas. La deambulancia es un fenómeno muy complejo que se ha ido desarrollando en Puerto Rico hasta alcanzar proporciones gigantescas, como reflejo de unas estructuras sociales y morales en franco deterioro. La presencia de los deambulantes en la novela llama la atención por la novedad que éstos representan, como personajes, en la narrativa puertorriqueña contemporánea. Sobre ellos dice el autor:

No se bañaban, pero enseñaban a leer, porque en muchos sentidos era ponerlos en contacto con otros espacios por

donde se viaja y con las voces de otros deambulantes: los escritores. Se llegó a ver en el pueblo de Bayamón a deambulantes con libros de cuentos y manuales de redacción. A otros se les vio leyendo Cien años de soledad y dicen que el escritor colombiano cuando lo supo, fue tan feliz que quiso ir a verlos pues descubrió que siempre había sido un deambulante. (Pg. 101).

El lugar de los misterios no es una obra sencilla ni fácil de leer. De primera intención semeja un caos. Pero, ¿no es caótica la sociedad en que estamos inmersos aquí en Puerto Rico? Su estructura requiere de mucha atención y de participación activa por parte del lector para poder descifrarla y comprenderla, como es el caso de gran parte de la narrativa contemporánea. Está escrita en claves. Es enigmática como su título. Estructuralmente, refleja un rompecabezas de piezas que van cayendo en su sitio poco a poco. Es pesadillesca. Es onírica, alegórica y simbólica. “El Predicador quería soñar su vida como soñaba un sermón, pero no podía cambiar el pasado” (pg. 12). ¿Un sueño? Dentro de un sueño, “cualquier milagro podía suceder. Nunca fue fácil romper ese sueño o mejor, meterse en él” (pg. 11). Entonces, ¿la visión final de “su cuerpo alto cimbrando el espacio que iba por encima de los opresores” (pg. 180) es parte del sueño? ¿Toda la novela es un sueño? ¿una pesadilla? ¿realismo mágico al estilo de Carpentier o de García Márquez? En ocasiones se suceden las escenas oníricas y pesadillescas. Le ocurren al Predicador, a Angel David, al hermano Obed. Hay escenas en las que se presentan situaciones simultáneas, al estilo de Vargas Llosa en La casa

verde. Hay un momento en la novela en que se está celebrando una misa en el templo católico y afuera, en la calle, la policía realiza una pesquisa en torno de un asesinato. Ambas escenas se narran en forma simultánea, técnica narrativa muy utilizada en la novela contemporánea: Escuchemos:

El Predicador pronuncia fuerte. “Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado...” Un detective llegó con su libreta, lápiz y una placa en la cintura. Miró el cuerpo. No dejó que lo tocaran...que el Señor Jesús la noche en que fue entregado tomó el pan; y habiendo dado gracias lo partió y dijo: esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Pusieron una cinta amarilla escrita con las letras N.I.E. seis metros a la redonda del cadáver y no permitieron el paso. El padre Ambrosio ponía la hostia en los labios, la fila se hizo con reverencia, el padre y el diácono que ofrecen la hostia dicen “Este es el cuerpo de Cristo”. El feligrés contesta, “Amen”. La ambulancia municipal llegó... (pg. 125).

Estamos también frente a una narración alegórica, no solamente por la presencia del elemento religioso: salmos, sermones, misas, cultos evangélicos como el referente al bautismo, etc. sino por la constante reactualización del discurso bíblico. Hay situaciones que recuerdan pasajes de la Biblia. La cena a la que se invita a los deambulantes e indigentes recuerda al evangelio del banquete; los representantes de los diferentes ministerios eclesiales de la Iglesia Evangélica son doce y se sientan alrededor de una mesa; “Yo no tengo nombre” quien anda buscando el cadáver del fotógrafo para solicitar la recompensa se cruza con tres hermanas que regresan del depósito de cadáveres. Venían

llorosas, con cierta extrañeza. “No está”. “Ha desaparecido” (pg. 128) en clara referencia al pasaje bíblico cuando las mujeres regresan de haber encontrado vacía la tumba donde se había depositado el cuerpo de Jesús. En la escena final, don Flor, especie de traidor a lo Judas Iscariote, se presenta con los representantes de la ley para identificar al Predicador: “__No es necesario. Yo lo conozco__ dijo don Flor” __¿Acaso nos equivocamos de hombre?” se preguntaron. (pg. 179).

El lugar de los misterios es también una narración de una simbología enigmática. Las mariposas, ¿símbolo de inmortalidad? Su ciclo de vida proporciona una perfecta analogía: vida, muerte y renacimiento. Aparecen volando enredadas “en aleteo de visitantes” (pg. 117). En otros momentos yacen en reposo. Y en otros, “aplastadas, húmedas, sobre el pavimento” (pg. 125). Mariposas vivas. Mariposas muertas. Junto a las mariposas aparecen las metáforas de la araña tejedora y de Pueblito Viejo quien, como Circe, es nido de astucias y de engaños:

El Reverendo miraba desde su balcón una araña tejedora, sostenida entre las hojas de yautía. Acomodaba una sonrisa divina sobre sus dientes parejos. La tela arácnida se mecía con el viento, y a través de ella, todo Pueblito Viejo temblaba, la araña movió sus patas y el pueblito se acomodó entre los cables del poder... Estiró el brazo, recogió entre sus dedos calles, edificaciones, campanarios y tendidos eléctricos, quedando Circe arrugada, pendiente de un hilo y agitada por el viento. (Pg. 67).

Esta imagen en la que se combinan la visión nocturna del pueblo entre las redes de una araña, las maquinaciones de los poderosos y la

HORIZONTES 127

analogía con Circe, es realmente insuperable. Un hermoso pasaje lírico de donde emana la atmósfera poética que también caracteriza el estilo de Rosa Vélez.

El escritor y sociólogo dominicano, José Alcántara Almanzar, ha catalogado la obra como “evangélica” en un artículo que se publicó en El Nuevo Día con fecha 28 de octubre de 2007 bajo el título de “Una novela evangélica”. Afirma el crítico dominicano que el tratamiento del tema evangélico confiere a la narración un matiz religioso, muy novedoso, dentro de la temática de la novela puertorriqueña actual. No me parece que el propósito de Rosa Vélez haya sido elevar su voz en defensa de la religión evangélica en Puerto Rico, de sus prácticas religiosas ni de los grupos que la practican en nuestro país. Creo que la intención del autor es mucho más compleja. En primer lugar, más allá de la presencia de prácticas evangélicas, hay también en la novela, alusión clara y directa al catolicismo y al ecumenismo. Hay personajes que “salían de la misa que comenzó a las 6:00 A.M, en la Iglesia Católica para seguir con el culto y la escuela dominical en la Iglesia Evangélica. ¡Buena combinación!” (pg. 132-133), en un afán, tal vez, de poner en evidencia, la confusión mental de la sociedad puertorriqueña, confusión que llega, incluso, hasta el plano religioso. En segundo lugar, para el autor, es evidente que, la presencia de la Iglesia Evangélica en Puerto Rico fue uno de los medios a través del cual el gobierno norteamericano comienza en la Isla todo un proceso de asimilación cultural e individual en forma análoga al que utilizó España, a partir del Siglo XVI, con los misioneros dominicos, mercedarios, jesuitas,

franciscanos, etc, cuyo objetivo también fue cristianizar a los indígenas y más tarde, a los africanos; y ayudar en la difícil tarea de consolidar dos civilizaciones y dos mundos completamente diferentes.

Bajo la aparente temática religiosa, creo que el verdadero propósito del autor es confrontar al lector con la realidad actual del país en una actitud abiertamente apelativa, hasta llevarlo a desarrollar conciencia de cómo los intentos de asimilación por parte de un país cuya cultura y modos de vida son completamente ajenos a los nuestros, ha ido minando y deshumanizando los cimientos del pueblo puertorriqueño, hasta crear una sociedad enferma del “qué dirán y del miedo” (pg. 71); una sociedad que padece de una gran dosis de confusión e ignorancia y de ausencia de cultura para quien la felicidad radica únicamente en el progreso económico y en los bienes materiales.

El lugar de los misterios trata, entonces, de “los secretos, los descubrimientos, los misterios que marcan la vida de un pueblo, de una familia o de una persona” (pg. 39). Un misterio “es el secreto que no se puede entender aunque se descubra” (pg. 40). Y este misterio tiene mucho que ver con la “agenda” de los misioneros norteamericanos que comienzan a llegar a la Isla en 1903:

Los misioneros tenían su agenda. Llegaron con la invasión. Venían a colonizar. Trajeron sus ritos, sus cantos, sus lecturas preferidas, su moral y su concepción de Dios. (pg. 47)

El puertorriqueño navega confundido y ante esa confusión se eleva la voz de Rosa Vélez. Hay en la novela una presencia de valores éticos y morales con el propósito, repito, de despertar al lector del letargo de la inconciencia y enfrentarlo al caos que hoy se vive en Puerto Rico. Existe al presente, en nuestra sociedad, un “sistema deshumanizador” que nos mina y nos envuelve. Que en nuestro mundo __dice__ debe existir un orden moral para poder vivir con dignidad y entereza, con decencia, aunque el riesgo que tengamos que correr sea grande. Apunta su voz, directamente, a las ansias desmedidas de bienestar económico. Comprar es el afán. Expectativas falsas que producen valores falsos. (Ahora mismo hay en el Senado de Puerto Rico, una medida que busca modificar la ley de cierre para que las tiendas puedan abrir los domingos desde las 11:00 de la mañana hasta las 11:00 de la noche). Junto a este afán desmedido de consumo, se dan: la desculturalización, la ignorancia, la falta de amor al trabajo, a los libros, a la lectura, al saber... Estos planteamientos me recuerdan las palabras de José Martí cuando en su libro Ismaelillo le dice a su hijo:

Mas si amar piensas
El amarillo
Rey de los hombres
¡Muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo!

(Jose Martí, “Mi reyecillo” en Ismaelillo).

A “todo proyecto de vida” corresponde __ según el Predicador__ un “proyecto de muerte”. Son los riesgos que deberá enfrentar y padecer la sociedad cuando actúa con rectitud. En Puerto Rico se ha perdido el concepto de que la vida tiene un valor. Se ha perdido la necesidad de desarrollar “un plan de vida” antes de dar cualquier paso, como señalaba Ortega y Gasset. Afirma el Predicador que “quien no tiene objetivo final no tiene Patria ni santuario”, (pg. 160) en abierta referencia a la ausencia de planificación que se observa en el país en todos los órdenes incluyendo el socio-moral. ¿Hacia dónde queremos ir? ¿Hacia dónde vamos? Esta ausencia de planificación nos conduce al caos. “No es el saber vago lo que da al hombre fundamento y carácter, sino la actividad finalizada, la desgracia más grande es la falta de finalidad” (pg. 161).

El sermón del Predicador sobre la “Teología del Sufrimiento” con el que básicamente termina la novela, se desarrolla en un plano abiertamente honesto, libre, que revela la profunda conciencia social del autor:

Seamos valientes, hagamos al hombre a “nuestra imagen y semejanza”, no lo entreguemos a los promotores del miedo, a los pesimistas del futuro, a los que promueven el “confort” y la diversión inagotable como ejemplo de libertad, buscando la esperanza perdida en el dios Mamón y en el “ Becerro de oro”... Sólo tenemos que vencer las apariencias, las expectativas falsas que nos ofrece el sistema... Esta iglesia querida... debería regresar al principio. [Darle] la espalda a esas expectativas impuestas y encontrar el valor de la vida que significa, en todo caso, la verdadera salvación. El atropello, la alienación, la

persecución, la soledad, el castigo, la estigmatización, el dejarte sin empleo, el lastimar a los tuyos, la calumnia, el sufrimiento, la guerra, la muerte, y muchas veces el destierro, son el riesgo a padecer.

El valor de la vida no está en algo trascendente a ella, sino en la vida misma, puesto que la vida no es un camino o instrumento para llegar a un fin, ella es el fin mismo. (pgs. 157-158-159-160).

En estos planteamientos que Rosa Vélez expone al lector, reveladores, como mencioné anteriormente, de una seria y profunda conciencia social y humana, es donde, a mi entender, el autor se crece y la novela adquiere sentido de pertenencia y de afirmación puertorriqueña al confrontar con valentía y con pasión a una sociedad asimilada a patrones de conducta que le son ajenos porque no ha sabido defender sus valores, su conciencia ni su identidad.

A pesar de todo ello, a pesar de la fuerte crítica que emana de sus páginas, la novela está muy lejos de ser una escritura panfletaria ahogada en un mar de disquisiciones ideológicas. El lugar de los misterios es, ante todo, un mundo narrativo, una obra de ficción altamente simbólica y plurisignificativa, con una estructura rica y compleja donde se presentan situaciones originales y personajes vivos; escrita con técnicas muy contemporáneas, de estilo mágico-realista a tono con la realidad que recrea y con una atmósfera poética que emana sin interrupción de descripciones y situaciones en constante ebullición: ideología y arte en armonía al servicio de las letras puertorriqueñas.